

# L A S R A T A S

(Cuento)

Zósima está en el patio, hablando con las vecinas. Hablan del sol, que cae en esos momentos tras una lejana elevación del terreno.

—Este año, dice Zósima, el sol ha devorado las nubes. No ha llovido desde hace cinco meses.

—Este año, dice Sierva, que en vez de ser gorda y guapa como Zósima, es delgada y fea, arqueada la espalda, como Esperanza, este año, dice, las vacas se están comiendo el trigo de los graneros.

—Acabaron con todo lo demás, dice Esperanza, y ahora tenemos que repartir con ellas nuestros panes.

—El sol está hambriento, añade Zósima, no hace más que devorar nubes.

En la habitación donde duerme el niño de Zósima ha entrado una rata gris, careta, casi tan grande como un gazapo. El niño de Zósima tiene un mes y veinte días. Se llama Pelayo. El no lo sabe todavía ni tal vez lo sepa nunca. Cuando nació, mientras era alumbrado, Zósima mugía como una vaca. Como una de esas vacas con las que no hay más remedio que compartir el pan. Luego, al ver a Pelayo, entre el dolor y el gozo, chillaba como una rata, como ese roedor, careto y grande, de esos que muerden a los pollos en el culo y les vacían el abdomen, que acaba de entrar en el cuarto del niño. Al nacer, el chico estaba blandito, pringoso, encarnado. Luego, se fué poniendo gordo. Le salió un sarpullido por la cara. Era de no bañarle. Pero, en cambio, su color era muy bonito. Las ubres de Zósima, calientes, pletóricas, asexuales ya, eran una bendición, y, aquel día, Zósima, tras vaciarlas en la boquita de su hijo, le dejó en la cuna, bien arropadito, bien caliente, y se fué a hablar del tiempo con sus vecinas.

Esperanza es la mujer más viuda de aquel pueblo. Se le han muerto tres maridos. Aún ahora, que está casada en cuartas nupcias, la gente la llama la «Viuda». A su marido aquéllo le da igual. El no es hombre de palabras sino de hechos. El llama «Viuda» a su mujer y se acuesta con ella. Como nunca tuvo un hijo, no hay miedo de que venga a complicarle la existencia trayéndole uno cuando menos lo espere. El marido es feliz por que no es demasiado inteligente, además ¿qué inteligencia se puede adquirir yendo siempre detrás de las mulas para que salgan derechos los surcos? A Esperanza le gusta que este año la tierra sea estéril como su propio vientre. No se dá cuenta, pero le gusta. Por eso, cuando Zósima quiere